SAN LUIS MARÍA GRIGNION DE MONTFORT (Y II): LA TEORÍA CRISTOLÓGICO-MARIANA

GIANDOMENICO MUCCI, S.J.

En HUMANITAS Nro.26

Aludiendo el Año Mariano y queriendo promover, a la luz de la Tradición de la Iglesia, la genuina espiritualidad mariana, el Santo Padre Juan Pablo II escribía: “La *espiritualidad* mariana, así como la *devoción* correspondiente, encuentra una fuente de gran riqueza en la experiencia histórica de las personas y las diversas comunidades cristianas, en la vida de los diferentes pueblos y naciones de todo el mundo. A propósito, me es grato recordar, entre los numerosos testimonios y maestros de semejante espiritualidad, la figura de San Luis María Grignion de Montfort, quien proponía a los cristianos la consagración a Cristo a través de María, como medio eficaz para vivir fielmente los compromisos bautismales. Advierto con placer el hecho de que también en nuestros días no falten nuevas manifestaciones de esta espiritualidad y devoción”[1].

Además de hacerlo en este documento de su magisterio, el Papa ha dado testimonio en otras oportunidades de la actualidad de la doctrina de San Luis María en la Iglesia y del gran influjo ejercido por la misma en su vida. En 1996, celebrando su jubileo sacerdotal con un libro de recuerdos destinado principalmente al clero, evocaba, junto con los comienzos de su vocación, en la época de la primera juventud, el hecho que dio profundidad a su forma de venerar a la Madre de Dios: “Ya estaba convencido de que *María nos conduce a Cristo*, pero en es período comencé a comprender *que también Cristo nos conduce a su Madre*. Hubo un momento en el cual puse de alguna manera en tela de juicio mi culto por María estimando que el mismo, por dilatarse

excesivamente, podría terminar comprometiendo la supremacía del culto debido a Cristo. En ese momento me ayudó el libro de San Luis María Grignion de Montfort titulado "Tratado de la verdadera devoción a la Santa Virgen". Ahí encontré la respuesta a mis perplejidades. Sí, María nos acerca a Cristo, nos conduce a Él, con la condición de que se viva su misterio en Cristo. El tratado de San Luis María Grignion de Montfort puede ser perturbador por su estilo un poco enfático y barroco, pero es incuestionable la esencia de las verdades teológicas contenidas en el mismo. El autor es un teólogo con clase. Su pensamiento mariológico está radicado en el Ministerio trinitario y en la verdad de la Encarnación del Verbo de Dios"[2].

Un fórmula obsoleta y desagradable

También para quienes no conocen directamente sus obras, pero están enterados en cierto modo de la historia de la espiritualidad, San Luis María es conocido por haber propuesto "la esclavitud de María" (*l'esclavage de la Sainte Vierge*) al devoto de la Virgen, que se convierte así en "esclavo de María" (*l'esclave de Marie*). Comenta Papàsogli: "La palabra parece caída en desuso para un oído contemporáneo; pero su parte áspera y el indicio totalitario que en ella se estremece es algo que no desagrada a Luis Grignion. Así, en una primera impresión, uno encuentra casi un impetuoso residuo medieval de heroísmo cortés en la fidelidad a Aquella que los franceses llamaron "Notre Dame". Y gradualmente se descubre el alcance espiritual de este antiguo término, que concreta, cuaja, con la fuerza de ciertos símbolos, una notable gama de valores"[3]. Es una observación sumamente fina. La fórmula de San Luis María trae a la memoria dos expresiones empleadas por San Ignacio en dos contemplaciones de la segunda semana de sus *Ejercicios*, cuando el cristiano que se niega a la secuela y a la imitación de Cristo es descrito como *perverso caballero* y el orante, invitado a hacerse presente y contemporáneo de Jesús que nace, es descrito como

un pobrecito y esclavito indigno[4]. Es el lenguaje del amor.
Así es. Resulta prácticamente inútil demostrar que San Luis María no es un mariólatra ni un mariocéntrico, que la esencia de su teoría es el cristocentrismo, que la fórmula citada para acusarlo expresa únicamente un aspecto secundario de su enseñanza, que con esa fórmula es puramente deudor de la cultura y la lengua teológica del barroco por él utilizadas como un instrumento ya dispuesto para ser vehículo de su experiencia y su pensamiento, que su concepto de esclavitud no incluye los conceptos de opresión y servilismo y solamente expresa pertenencia y posesión de carácter sacramental y místico. Nuestra época ha presenciado demasiados crímenes e injusticias horribles como para poder aceptar y además apreciar esa fórmula. Nuestra propia sensibilidad cultural, educada en diversos planos en la democracia, el parlamentarismo, la comunidad, el carácter gremial, rechaza espontáneamente una palabra que evoca otros tiempos no siempre luminosos, penosos fantasmas. Y puesto que la doctrina de San Luis María tiene fundamentos muy distintos y sólidos, nos parece oportuna la orientación de aquellos historiadores de la espiritualidad montfortiana que tienden a evitar esa fórmula, reservándola a los estudios especializados y a las exégesis de los escritos del santo, sustituyéndola con una terminología mejor adaptada a la mentalidad contemporánea. El mismo Papa ha dado el ejemplo al hablar de “confianza” como “*la respuesta* al amor de una persona y en particular *al amor de la madre*”[5]. Y se puede pensar en otras fórmulas, tales como “plena dependencia”, “total obediencia”, “filial abandono”, “consagración”, que no traicionan ni mutilan el pensamiento profundo del santo y hoy lo inculturan[6].
Por otra parte, esa dificultad terminológica no escapó a la prudencia pastoral de San Luis María, y él mismo procuró abordarla, resolviéndola en una fórmula paulina: “Puesto que estamos en un siglo orgulloso, donde hay gran cantidad de doctos inflados, espíritus fuertes y críticos, que encuentran algo que agregar sobre todas las prácticas de piedad más fundadas y sólidas, con el fin de no dar lugar a una ocasión crítica sin necesidad, es más bien preferible decir *la esclavitud de Jesucristo en*

María y decirse *esclavo de Jesucristo* en vez de esclavo de María, asumiendo la denominación de esta devoción más bien a partir de su fin último, que es Jesucristo, y no a partir del camino y el medio para llegar a dicho fin, que es María, si bien es posible, en verdad, hacer ambas cosas sin escrúpulos, como lo hago yo"[7]. Estos *esprits forts et suffisants*, que critican las devociones marianas del pueblo sencillo únicamente porque no están en conformidad *à leur fantaisie*, suelen ser los católicos doctos, "que hacen profesión de enseñar a los otros la verdad", pero en realidad conocen al Señor y a su Madre tan sólo "de manera especulativa, seca, estéril e indiferente"[8]. En todo caso, éste es otro discurso.

La doctrina cristológico-mariana

No es nuestra intención exponer en forma completa o suficiente la rica teología mariana de San Luis María, para lo cual remitimos a quienes se han ocupado de estudiarla[9]. Deseamos, más modestamente, poner a nuestros lectores en contacto directo con algunos textos extraídos de la obra principal de San Luis María, de tal manera que puedan admirar la pura doctrina sobre Cristo y María, perfectamente acorde con la fe de la Iglesia, y disfrutar de su espíritu limpio y su estilo sumamente cristalino. El *Traité* comienza con una afirmación solemne: "Mediante la Santísima Virgen María, Jesucristo vino al mundo y mediante ella debe reinar en el mundo"[10]. Se afirma así el carácter instrumental de la Madre en relación con el Hijo y de su misión. Ésta es la primera verdad fundamental de la devoción a María: "Jesucristo, nuestro Salvador, Dios y hombre verdadero, debe ser el fin último de todas nuestras otras devociones, que de lo contrario serían falsas y engañosas". Y después de citar implícitamente 16 pasajes cristocéntricos del Nuevo Testamento, el santo escribe: "Por consiguiente, al dar fundamento a la sólida devoción a la Santísima Virgen, estamos dando igualmente un fundamento más perfecto a la devoción a Jesucristo, proporcionando un

medio fácil y seguro para encontrarlo. Si la devoción a la Santa Virgen alejara de Jesucristo, sería necesario rechazarla como ilusión diabólica; pero por el contrario, (...), esta devoción nos es necesaria para encontrar a Jesucristo perfectamente y amarlo tiernamente y servirlo fielmente"[11].
Nos resulta grato percibir nuevamente aquí el eco de otro texto famoso de los *Ejercicios* ignacianos, donde su autor hace pedir al orante *conoscimiento interno del Señor para que más le ame y le siga*[12]. El amor engendra la voluntad de pertenencia, la total dependencia y el servicio. "Nada existe entre los hombres que nos haga pertenecer más a algo que la esclavitud. Así, nada existe entre los cristianos que nos haga pertenecer absolutamente a Jesucristo y a su santa Madre más que la esclavitud de la voluntad, según el ejemplo de Jesucristo mismo, que tomó forma de esclavo por nuestro amor (...) y de la Santa Virgen, que se dijo sierva y esclava del Señor. (...) Digo que debemos ser de Jesucristo y servirlo, no sólo como siervos mercenarios, sino como esclavos amorosos, que por efecto de un gran amor se entregan a servirlo en calidad de esclavos únicamente por el honor de pertenecerle"[13].
La esclavitud en relación con María es funcional de aquella debida al Señor: "Lo que digo con carácter absoluto sobre Jesucristo, lo digo con carácter relativo sobre la Santa Virgen, a quien Jesucristo, habiéndola elegido como compañera indivisible de su vida, su muerte, su gloria y su poder en el cielo y la tierra, otorgó por gracia, en relación con su Majestad, todos los mismos derechos y privilegios que posee por naturaleza (...). La Santa Virgen es el medio del cual se valió Nuestro Señor para venir a nosotros. Así, es también el medio del cual nosotros debemos valernos para ir hacia él, porque ella no es como las demás criaturas, que podrían más bien alejarnos de Dios y no acercarnos al mismo si nos apegamos a ellas; pero la inclinación más fuerte de María es unirnos a Jesucristo, su Hijo, y la inclinación más fuerte del Hijo es que se venga a Él mediante su santa Madre"[14].
Esta teología se proyecta al culto y éste se eleva a partir del fundamento sacramental del bautismo: "Puesto que nuestra perfección consiste en

estar conformes, unidos y consagrados a Jesucristo, la más perfecta de todas las devociones es sin dificultad aquella que nos conforma, une y consagra más perfectamente a Jesucristo. Ahora bien, por ser María quien está más conforme a Jesucristo entre todas las criaturas, se deduce que de todas las devociones, aquella que consagra y conforma en mayor medida un alma a Nuestro Señor es la devoción a la Santísima Virgen, su santa Madre, y mientras más consagrada esté un alma a María, más lo estará a Jesucristo. Y por cuanto la consagración perfecta a Jesucristo no es sino una perfecta y total consagración de uno mismo a la Santísima Virgen, yo enseño la devoción a la misma, o de otro modo una perfecta renovación de los votos y promesas del santo bautismo”[15]. La esclavitud de amor significa por tanto la plena reciprocidad del amor entre el Señor y su criatura en la forma revelada en el misterio del Verbo encarnado, en el *admirabile commercium* entre la Madre y el Hijo, cuando el Hijo de Dios se aniquiló asumiendo la condición de esclavo y convirtiéndose en Hijo de María. La Encarnación es el modelo de toda santificación. Dios vino a nosotros en y mediante el seno de María. Y nosotros estamos unidos a Cristo en y mediante este seno inmaculado. Para expresar nuestra divinización por gracia, San Luis María creó una comparación bella y osada: “Observad, os ruego, que digo que los santos están modelados en María. Hay una gran diferencia entre hacer una figura en relieve, a golpes de martillo y cincel, y hacer una figura fundiéndola en un molde. Los escultores trabajan mucho para hacer la figura del primer modo y necesitan mucho tiempo; pero para hacerla del segundo modo, trabajan poco y lo hacen en muy poco tiempo. San Agustín llama a la Santa Virgen *forma Dei*: el molde (*moule*) de Dios, el molde adecuado para formar y modelar los dioses. Quien es fundido en este molde divino, pronto es formado y modelado en Jesucristo y Jesucristo en él: con pocos gastos y en poco tiempo llegará a ser dios, puesto que ha sido fundido en el mismo molde que formó un Dios”. “Me parece acertado comparar a los directores y a las personas devotas que desean formar a Jesucristo en sí mismos o en los demás con prácticas distintas a éstas con los escultores que confiando en su

destreza, en sus métodos y técnicas, dan una infinidad de golpes de martillo y cincel a una piedra dura o a un trozo madera mal pulida para obtener la imagen de Jesucristo, y a veces no logran la expresión de Jesucristo al natural, ya sea por carecer de conocimiento y experiencia sobre la persona de Jesucristo, ya sea debido a algún golpe mal dado que ha estropeado la obra. Sin embargo, a quienes adoptan este secreto de la gracia, que yo les presento, los comparo con razón con fundidores y modeladores que al encontrar el bello molde de María, donde Jesucristo se formó natural y divinamente, sin confiar en su propio arte, sino únicamente en la calidad del molde, se lanzan y se pierden en María para convertirse en el retrato al natural de Jesucristo. ¡Qué bella y verdadera comparación! ¿Quién la comprenderá? Deseo que sea usted, querido hermano mío; pero recuerde que en ese molde se funde únicamente lo derretido y líquido, es decir, que debe destruirse y fundirse en usted el viejo Adán para llegar a ser nuevo en María”[16]. San Luis María tiene conciencia de estar replanteando una doctrina antiquísima basada en la Biblia y ofrece la lista de fuentes por él utilizadas[17]. Entre ellas sobresalen Henri-Marie Boudon (1624-1702) y Bérulle (1575-1629).

“Teólogo con clase”

“Teólogo con clase”: así ha definido el Papa a San Luis María, refiriéndose a su doctrina cristológico-mariana. Es el juicio de un conocedor. Con todo, dicho lo anterior, es preciso agregar que no se trata de una doctrina completa. El santo no pretendió escribir un manual de mariología general. Siendo consecuente con su vocación de misionero, quiso contribuir a sus finalidades apostólicas iluminando el punto central de la fe, la Encarnación del Señor, y la función que en la misma cumplió María. Éste es el motivo por el cual su doctrina mariana debe ubicarse dentro de su espiritualidad mariana[18]. Es el mismo motivo que explica, en sus páginas, la debilidad de su teología de la gracia y el mérito, de su concepción del misterio pascual, de su eclesiología. Se dice debilidad para destacar que su pensamiento, si bien aborda, al menos implícitamente, el misterio de Cristo y la Iglesia,

desconoce, por ser hijo de su época, la apertura y el mayor ahondamiento propios de los siglos siguientes. En todo caso, siendo "teólogo con clase", se revela a quien, conociendo los límites históricos y biográficos, comprueba que en sus escritos "la totalidad del misterio de Cristo y la Iglesia es percibida y contemplada por Montfort. Y esto ocurre a partir de un punto de enfoque omnicomprensivo que se llama María"[19].

Queremos llamar la atención sobre este punto central señalando la novedad y actualidad del mismo: la relativa novedad respecto a la catequesis del siglo XVIII y la sorprendente actualidad para la Iglesia de hoy, que ha redescubierto el valor del carácter sacramental. La contemplación y el estudio de San Luis María han ubicado a la Madre Dios en el centro de la economía de la salvación, poniéndola en íntima correlación con la consagración bautismal, y han dado a la esclavitud por él enseñada carácter de ciencia y praxis de los hijos de Dios[20]. El santo dice claramente que Cristo, Sabiduría eterna y encarnada, es en su persona la consagración al Padre, pero subraya permanentemente que esta consagración de la Encarnación tuvo lugar en María por gracia de Dios y consentimiento de ella. Nos resulta por tanto imposible separar la consagración del universo, que es la Sabiduría eterna y encarnada, de la mujer cuya fe y cuyo consenso son aspectos intrínsecos de la Encarnación de la Sabiduría eterna.

El *fiat* salvador de María asegura la consagración de este mundo en cuanto la fe de María ha hecho posible la Encarnación de esa Sabiduría que es personalmente la consagración del mundo a Dios. Por este motivo, la consagración a Cristo no puede no ser también mariana. No existen dos consagraciones, una a Cristo y otra a María. La consagración es una sola, a la Sabiduría eterna en su realidad, es decir, al fruto del seno de María llena de fe[21]. Consagrarse a Cristo excluyendo a María sería una insensatez de la imaginación. En María, dado su consentimiento representativo, se realiza la consagración en Cristo. Toda la obra de San Luis María enseña que estamos llamados a entrar con el amor en este misterio.

Se comprende así por qué perfecta renovación de las promesas bautismales y perfecta consagración son sinónimos. Siendo el bautismo la consagración fundamental en Cristo, el acto voluntario de una perfecta consagración a Él, suscitado por el amor, no puede no ser una renovación de la vida del bautismo[22]. Se comprende también de qué modo la espiritualidad mariana del santo, enteramente dirigida en mayor medida a Cristo, fin último, que a María, medio y fin próximo, es una espiritualidad cristológica. La Madre de Dios es la colaboradora cristocéntrica del Espíritu, con el fin de que el cristiano pueda vivir su dinamismo bautismal hacia Cristo en comunión cada vez más íntima, creciente y perseverante con Él. La imagen montfortiana de la esclavitud expresa esta primacía axiológica de Cristo y la dependencia que tiene el cristiano de Él[23]. De acuerdo con la concepción de San Luis María, la Madre de Dios es funcional en la historia de la salvación llevada a cabo por el Hijo y en el plano de Dios, conjunto de relaciones debidamente expresadas con la imagen del molde. “María es enteramente relativa a Dios, y yo muy bien la llamaría la relación de Dios, que existe en relación con Dios, o el eco de Dios, que no dice ni repite sino a Dios. Si usted dice María, él dice Dios”[24]. El cristiano, que practica la *vraie dévotion*, se comportará con ella “como un paje, un servidor y un esclavo”, pero no para considerarla “el fin último de sus servicios, que es únicamente Jesucristo, sino su fin próximo y su misterioso *milieu*, y su medio fácil para ir a Él”[25].

La imagen del molde puede guiar la meditación eclesiológica. María es la Madre que genera perfectamente los hombres en la vida de la gracia mediante la impronta dejada en ella por el Hijo de Dios. Ser dócil con ella es la mejor manera de vivir las promesas bautismales y alcanzar la transformación en Cristo. La Iglesia no se manifiesta por azar aquí, en el corazón del cristocentrismo mariano: “Dios Padre transmitió a María su fecundidad en tanto en cuanto era capaz de recibirla una criatura, para darle el poder de producir su Hijo y todos los miembros de su Cuerpo místico”[26]. Como se ha observado, en San Luis María “el misionero popular y el autor espiritual se encuentran nuevamente en la

identificación entre bautismo y consagración a Jesús por medio de María. Ahora bien, el carácter radicalmente eclesiástico del sacramento del bautismo es conocido: recibiendo y viviendo este sacramento, el creyente participa en la única salvación de Cristo Redentor, Salvador del mundo y Señor de la historia, y llega a ser miembro de Su Cuerpo, que es la Iglesia, comunidad de salvación y pueblo en camino hacia el encuentro definitivo con Dios"[27].

Disipar una injusticia

Le bastarán al lector estos escasos indicios sobre la doctrina de este "teólogo con clase" para comprender que San Luis María sigue siendo objeto, entre muchos, de un malentendido al borde de la calumnia. Son muchos todavía quienes, por pereza intelectual, continúan repitiendo en su contra la acusación de haber exagerado la importancia de la Madre de Dios en la vida espiritual, en perjuicio por eso mismo, con las piadosas prácticas marianas, de la primacía y el culto de Cristo. En verdad, él vivió personalmente una experiencia profunda de todo el misterio cristiano, llegando a ser un sabio y equilibrado expositor en sus escritos.
Él es uno de esos maestros que hasta hoy nos recuerdan a todos que "la verdadera devoción no consiste ni en un estéril y pasajero sentimiento ni en una vana credulidad, sino en un producto de la verdadera fe, que nos lleva a reconocer la excelencia de la Madre de Dios y nos impulsa a un amor filial por nuestra Madre y a la imitación de sus virtudes"[28]. Él es sobre todo el maestro que todavía nos recuerda, en la fe de toda la Iglesia, que "si es verdad que "únicamente en el misterio del Verbo encarnado encuentra verdadera luz el misterio del hombre" (...), es preciso aplicar dicho principio de modo muy particular a esa excepcional "hija de la estirpe humana", a esa "mujer" extraordinaria que se convirtió en Madre de Cristo"[29], porque "mediante el misterio del Hijo se ilumina también el misterio de la Madre"[30]. San Luis María sigue siendo hoy día

el director y educador de todos aquellos que han tenido la gracia de desear la íntima comunión con Cristo y buscarla y realizarla con el ejemplo y la ayuda de aquel que un antiguo autor llamó *totius Trinitatis nobile triclinium*[31].

---

[1] JUAN PABLO II, Carta encíclica *Redemptoris Mater* (25 de marzo de 1987), n. 48 c.

[2] ID., *Don y misterio*. En el 50º aniversario de mi sacerdocio, Ciudad del Vaticano, Libr. Ed. Vaticana, 1996, 37 s. Cfr también A. FROSSARD, *N'ayez pas peur! Dialogue avec Jean-Paul II*, París, Laffont, 1982, 184 s.

[3] B. PAPASOGLI, *Montfort, un uomo per l'ultima Chiesa* (Montfort, un hombre para la última Iglesia), Turín, Gribaudi, 1979, 90.

[4] SAN IGNACIO DE LOYOLA, *Ejercicios espirituales*, nn. 94 y 114.

[5] JUAN PABLO II, Carta encíclica *Redemptoris Mater*, cit., n. 45 c.

[6] Cfr B. CORTINOVIS, *Dimensione ecclesiale della spiritualità di san Luigi Maria Grignion de Montfort* (Dimensión eclesial de la espiritualidad de San Luis María Grignion de Montfort), Roma, Ed. Monfortane, 1998, 216 s.

[7] SAINT LOUIS-MARIE GRIGNION DE MONTFORT, *Traité de la vraie dévotion à la Sainte Vierge*, n. 245, en ID., *Oeuvres complètes*, París, Seuil, 1966, 651. En adelante citaremos el *Traité* con la sigla VD seguida por la sigla OC de las *Oeuvres*.

[8] VD, nn. 93 y 64 (OC, 547; 535 s).

[9] Cfr P. GAFFNEY, “Consécration”; M. GENDROT, “Docteur de l'Église”; R. DEVILLE, “École française de spiritualité”; TH. KOEHLER, “Esclavage d'amour”; S. DE FIORES - A. BOSSARD, “Louis-Marie de

Montfort"; P. GAFFNEY, "Marie"; J.-C. LAURENCEAU, "Rosaire"; J.-P. PRÉVOST, "Sagesse"; A. BOSSARD, "Le secret de Marie; S. DE FLORES, "Spiritualité montfortaine"; A. BOSSARD, "Traité de la vraie dévotion", en *Dictionnaire de spiritualité montfortaine*, Ottawa, Novalis, 1994, 282-315; 407-420; 428-447; 483-493; 795-833; 848 s; 1.133-1.151; 1.163-1.184; 1.208-1.219; 1.228-1.251; 1.252-1.275.

[10] VD, n. 1 (OC, 487).

[11] VD, nn. 61 s (OC, 523 s).

[12] SAN IGNACIO DE LOYOLA, *Ejercicios espirituales*. n. 104.

[13] VD, nn. 72 s (OC, 533).

[14] VD, nn. 74 s (OC, 534 s).

[15] VD, n. 120 (OC, 562 s.). Para las prácticas exteriores e interiores de la devoción, cfr P. GAFFNEY, "Consécration", cit. 306-310.

[16] VD, nn. 219-221 (OC, 636 s). En el texto se cita un sermón pseudoagustiniano (*Sermo 208 in festo Assumptionis Beatae Mariae* (PL 39, 2.131)) hoy atribuido a Ambrosio Auperto, abate de San Vincenzo al Volturno (PL 89, 1.275-1.278). La imagen del molde que recibe únicamente lo líquido viene de Santo Tomás (*S. Th.*, I-II, 38, 5, ad ob.).

[17] Cfr vd, nn. 159-163 (OC, 588-94); A. BOSSARD, "Traité de la vraie dévotion", cit., 1.255-1.257; B. CORTINOVIS, *Dimensione ecclesiale della spiritualità di san Luigi Maria Grignion di Montfort*, cit. 55-72.

[18] Cfr. P. GAFFNEY, "Marie", cit. 877 s.

[19] B. CORTINOVIS, *Dimensione ecclesiale della spiritualità di san Luigi Maria Grignion de Montfort*, cit., 217; L. COGNET, *Storia della*

spiritualità moderna (Historia de la espiritualidad moderna), Catania, Ed. Paoline, 1958, 158.

[20] Cfr B. PAPASOGLI, *Montfort, un uomo per l'ultima Chiesa*, cit. 287 s; 323-327; P. GAFFNEY, "Consécration", cit., 292-294; B. CORTINOVIS, *Dimensione ecclesiale della spiritualità di san Luigi Maria Grignion de Montfort*, cit., 173-187.

[21] Cfr VD, n. 125 (OC, 566).

[22] Cfr VD, nn. 126-31 (OC, 566-69).

[23] Cfr VD, nn. 20, 37, 61, 212 (OC, 497, 507, 523 s, 629).

[24] VD, n. 225 (OC, 639).

[25] VD, n. 265 (OC, 665).

[26] VD, n. 17 (OC, 495)). Cfr también VD, nn. 21, 32, 36, 68, 140, 168 (OC, 497 s, 504, 507, 530 s, 575, 597).

[27] B. CORTINOVIS, "Église", en *Dictionnaire de spiritualité montfortaine*, cit., 465.

[28] *Lumen gentium*, n. 67.

[29] JUAN PABLO II, Carta encíclica *Redemptoris Mater*, cit., n. 4. En el texto se cita *Gaudium et spes*, n. 22 a.

[30] Ibid., n. 19 b.

[31] SAN ILDEFONSO DE TOLEDO, *Libellus de corona Virginis* (PL 96, 302). En todo caso, no hay certeza sobre la autenticidad de la obra.

Aludiendo el Año Mariano y queriendo promover, a la luz de la Tradición de la Iglesia, la genuina espiritualidad mariana, el Santo Padre Juan Pablo II escribía: “La *espiritualidad* mariana, así como la *devoción* correspondiente, encuentra una fuente de gran riqueza en la experiencia histórica de las personas y las diversas comunidades cristianas, en la vida de los diferentes pueblos y naciones de todo el mundo. A propósito, me es grato recordar, entre los numerosos testimonios y maestros de semejante espiritualidad, la figura de San Luis María Grignion de Montfort, quien proponía a los cristianos la consagración a Cristo a través de María, como medio eficaz para vivir fielmente los compromisos bautismales. Advierto con placer el hecho de que también en nuestros días no falten nuevas manifestaciones de esta espiritualidad y devoción”[1].

Además de hacerlo en este documento de su magisterio, el Papa ha dado testimonio en otras oportunidades de la actualidad de la doctrina de San Luis María en la Iglesia y del gran influjo ejercido por la misma en su vida. En 1996, celebrando su jubileo sacerdotal con un libro de recuerdos destinado principalmente al clero, evocaba, junto con los comienzos de su vocación, en la época de la primera juventud, el hecho que dio profundidad a su forma de venerar a la Madre de Dios: “Ya estaba convencido de que *María nos conduce a Cristo*, pero en es período comencé a comprender *que también Cristo nos conduce a su Madre*. Hubo un momento en el cual puse de alguna manera en tela de juicio mi culto por María estimando que el mismo, por dilatarse excesivamente, podría terminar comprometiendo la supremacía del culto debido a Cristo. En ese momento me ayudó el libro de San Luis María Grignion de Montfort titulado “Tratado de la verdadera devoción a la Santa Virgen”. Ahí encontré la respuesta a mis perplejidades. Sí, María nos acerca a Cristo, nos conduce a Él, con la condición de que se viva su misterio en Cristo. El tratado de San Luis María Grignion de Montfort puede ser perturbador por su estilo un poco enfático y barroco, pero es incuestionable la esencia de las verdades teológicas contenidas en el mismo. El autor es un teólogo con clase. Su pensamiento mariológico

está radicado en el Ministerio trinitario y en la verdad de la Encarnación del Verbo de Dios”[2].

Un fórmula obsoleta y desagradable

También para quienes no conocen directamente sus obras, pero están enterados en cierto modo de la historia de la espiritualidad, San Luis María es conocido por haber propuesto “la esclavitud de María” (*l'esclavage de la Sainte Vierge*) al devoto de la Virgen, que se convierte así en “esclavo de María” (*l'esclave de Marie*). Comenta Papàsogli: “La palabra parece caída en desuso para un oído contemporáneo; pero su parte áspera y el indicio totalitario que en ella se estremece es algo que no desagrada a Luis Grignion. Así, en una primera impresión, uno encuentra casi un impetuoso residuo medieval de heroísmo cortés en la fidelidad a Aquella que los franceses llamaron “Notre Dame”. Y gradualmente se descubre el alcance espiritual de este antiguo término, que concreta, cuaja, con la fuerza de ciertos símbolos, una notable gama de valores”[3]. Es una observación sumamente fina. La fórmula de San Luis María trae a la memoria dos expresiones empleadas por San Ignacio en dos contemplaciones de la segunda semana de sus *Ejercicios*, cuando el cristiano que se niega a la secuela y a la imitación de Cristo es descrito como *perverso caballero* y el orante, invitado a hacerse presente y contemporáneo de Jesús que nace, es descrito como *un pobrecito y esclavito indigno*[4]. Es el lenguaje del amor.
Así es. Resulta prácticamente inútil demostrar que San Luis María no es un mariólatra ni un mariocéntrico, que la esencia de su teoría es el cristocentrismo, que la fórmula citada para acusarlo expresa únicamente un aspecto secundario de su enseñanza, que con esa fórmula es puramente deudor de la cultura y la lengua teológica del barroco por él utilizadas como un instrumento ya dispuesto para ser vehículo de su experiencia y su pensamiento, que su concepto de esclavitud no incluye los conceptos de opresión y servilismo y solamente expresa pertenencia

y posesión de carácter sacramental y místico. Nuestra época ha presenciado demasiados crímenes e injusticias horribles como para poder aceptar y además apreciar esa fórmula. Nuestra propia sensibilidad cultural, educada en diversos planos en la democracia, el parlamentarismo, la comunidad, el carácter gremial, rechaza espontáneamente una palabra que evoca otros tiempos no siempre luminosos, penosos fantasmas. Y puesto que la doctrina de San Luis María tiene fundamentos muy distintos y sólidos, nos parece oportuna la orientación de aquellos historiadores de la espiritualidad montfortiana que tienden a evitar esa fórmula, reservándola a los estudios especializados y a las exégesis de los escritos del santo, sustituyéndola con una terminología mejor adaptada a la mentalidad contemporánea. El mismo Papa ha dado el ejemplo al hablar de "confianza" como "*la respuesta* al amor de una persona y en particular *al amor de la madre*"[5]. Y se puede pensar en otras fórmulas, tales como "plena dependencia", "total obediencia", "filial abandono", "consagración", que no traicionan ni mutilan el pensamiento profundo del santo y hoy lo inculturan[6].
Por otra parte, esa dificultad terminológica no escapó a la prudencia pastoral de San Luis María, y él mismo procuró abordarla, resolviéndola en una fórmula paulina: "Puesto que estamos en un siglo orgulloso, donde hay gran cantidad de doctos inflados, espíritus fuertes y críticos, que encuentran algo que agregar sobre todas las prácticas de piedad más fundadas y sólidas, con el fin de no dar lugar a una ocasión crítica sin necesidad, es más bien preferible decir *la esclavitud de Jesucristo en María* y decirse *esclavo de Jesucristo* en vez de esclavo de María, asumiendo la denominación de esta devoción más bien a partir de su fin último, que es Jesucristo, y no a partir del camino y el medio para llegar a dicho fin, que es María, si bien es posible, en verdad, hacer ambas cosas sin escrúpulos, como lo hago yo"[7]. Estos *esprits forts et suffisants*, que critican las devociones marianas del pueblo sencillo únicamente porque no están en conformidad *à leur fantaisie*, suelen ser los católicos doctos, "que hacen profesión de enseñar a los otros la verdad", pero en realidad conocen al Señor y a su Madre tan sólo "de

manera especulativa, seca, estéril e indiferente”[8]. En todo caso, éste es otro discurso.

La doctrina cristológico-mariana

No es nuestra intención exponer en forma completa o suficiente la rica teología mariana de San Luis María, para lo cual remitimos a quienes se han ocupado de estudiarla[9]. Deseamos, más modestamente, poner a nuestros lectores en contacto directo con algunos textos extraídos de la obra principal de San Luis María, de tal manera que puedan admirar la pura doctrina sobre Cristo y María, perfectamente acorde con la fe de la Iglesia, y disfrutar de su espíritu limpio y su estilo sumamente cristalino. El *Traité* comienza con una afirmación solemne: “Mediante la Santísima Virgen María, Jesucristo vino al mundo y mediante ella debe reinar en el mundo”[10]. Se afirma así el carácter instrumental de la Madre en relación con el Hijo y de su misión. Ésta es la primera verdad fundamental de la devoción a María: “Jesucristo, nuestro Salvador, Dios y hombre verdadero, debe ser el fin último de todas nuestras otras devociones, que de lo contrario serían falsas y engañosas”. Y después de citar implícitamente 16 pasajes cristocéntricos del Nuevo Testamento, el santo escribe: “Por consiguiente, al dar fundamento a la sólida devoción a la Santísima Virgen, estamos dando igualmente un fundamento más perfecto a la devoción a Jesucristo, proporcionando un medio fácil y seguro para encontrarlo. Si la devoción a la Santa Virgen alejara de Jesucristo, sería necesario rechazarla como ilusión diabólica; pero por el contrario, (...), esta devoción nos es necesaria para encontrar a Jesucristo perfectamente y amarlo tiernamente y servirlo fielmente”[11]. Nos resulta grato percibir nuevamente aquí el eco de otro texto famoso de los *Ejercicios* ignacianos, donde su autor hace pedir al orante *conoscimiento interno del Señor para que más le ame y le siga*[12]. El amor engendra la voluntad de pertenencia, la total dependencia y el servicio. “Nada existe entre los hombres que nos haga pertenecer más a

algo que la esclavitud. Así, nada existe entre los cristianos que nos haga pertenecer absolutamente a Jesucristo y a su santa Madre más que la esclavitud de la voluntad, según el ejemplo de Jesucristo mismo, que tomó forma de esclavo por nuestro amor (...) y de la Santa Virgen, que se dijo sierva y esclava del Señor. (...) Digo que debemos ser de Jesucristo y servirlo, no sólo como siervos mercenarios, sino como esclavos amorosos, que por efecto de un gran amor se entregan a servirlo en calidad de esclavos únicamente por el honor de pertenecerle"[13].

La esclavitud en relación con María es funcional de aquella debida al Señor: "Lo que digo con carácter absoluto sobre Jesucristo, lo digo con carácter relativo sobre la Santa Virgen, a quien Jesucristo, habiéndola elegido como compañera indivisible de su vida, su muerte, su gloria y su poder en el cielo y la tierra, otorgó por gracia, en relación con su Majestad, todos los mismos derechos y privilegios que posee por naturaleza (...). La Santa Virgen es el medio del cual se valió Nuestro Señor para venir a nosotros. Así, es también el medio del cual nosotros debemos valernos para ir hacia él, porque ella no es como las demás criaturas, que podrían más bien alejarnos de Dios y no acercarnos al mismo si nos apegamos a ellas; pero la inclinación más fuerte de María es unirnos a Jesucristo, su Hijo, y la inclinación más fuerte del Hijo es que se venga a Él mediante su santa Madre"[14].

Esta teología se proyecta al culto y éste se eleva a partir del fundamento sacramental del bautismo: "Puesto que nuestra perfección consiste en estar conformes, unidos y consagrados a Jesucristo, la más perfecta de todas las devociones es sin dificultad aquella que nos conforma, une y consagra más perfectamente a Jesucristo. Ahora bien, por ser María quien está más conforme a Jesucristo entre todas las criaturas, se deduce que de todas las devociones, aquella que consagra y conforma en mayor medida un alma a Nuestro Señor es la devoción a la Santísima Virgen, su santa Madre, y mientras más consagrada esté un alma a María, más lo estará a Jesucristo. Y por cuanto la consagración perfecta a Jesucristo no es sino una perfecta y total consagración de uno mismo

a la Santísima Virgen, yo enseño la devoción a la misma, o de otro modo una perfecta renovación de los votos y promesas del santo bautismo”[15]. La esclavitud de amor significa por tanto la plena reciprocidad del amor entre el Señor y su criatura en la forma revelada en el misterio del Verbo encarnado, en el *admirabile commercium* entre la Madre y el Hijo, cuando el Hijo de Dios se aniquiló asumiendo la condición de esclavo y convirtiéndose en Hijo de María. La Encarnación es el modelo de toda santificación. Dios vino a nosotros en y mediante el seno de María. Y nosotros estamos unidos a Cristo en y mediante este seno inmaculado. Para expresar nuestra divinización por gracia, San Luis María creó una comparación bella y osada: “Observad, os ruego, que digo que los santos están modelados en María. Hay una gran diferencia entre hacer una figura en relieve, a golpes de martillo y cincel, y hacer una figura fundiéndola en un molde. Los escultores trabajan mucho para hacer la figura del primer modo y necesitan mucho tiempo; pero para hacerla del segundo modo, trabajan poco y lo hacen en muy poco tiempo. San Agustín llama a la Santa Virgen *forma Dei*: el molde (*moule*) de Dios, el molde adecuado para formar y modelar los dioses. Quien es fundido en este molde divino, pronto es formado y modelado en Jesucristo y Jesucristo en él: con pocos gastos y en poco tiempo llegará a ser dios, puesto que ha sido fundido en el mismo molde que formó un Dios”. “Me parece acertado comparar a los directores y a las personas devotas que desean formar a Jesucristo en sí mismos o en los demás con prácticas distintas a éstas con los escultores que confiando en su destreza, en sus métodos y técnicas, dan una infinidad de golpes de martillo y cincel a una piedra dura o a un trozo madera mal pulida para obtener la imagen de Jesucristo, y a veces no logran la expresión de Jesucristo al natural, ya sea por carecer de conocimiento y experiencia sobre la persona de Jesucristo, ya sea debido a algún golpe mal dado que ha estropeado la obra. Sin embargo, a quienes adoptan este secreto de la gracia, que yo les presento, los comparo con razón con fundidores y modeladores que al encontrar el bello molde de María, donde Jesucristo se formó natural y divinamente, sin confiar en su propio arte,

sino únicamente en la calidad del molde, se lanzan y se pierden en María para convertirse en el retrato al natural de Jesucristo. ¡Qué bella y verdadera comparación! ¿Quién la comprenderá? Deseo que sea usted, querido hermano mío; pero recuerde que en ese molde se funde únicamente lo derretido y líquido, es decir, que debe destruirse y fundirse en usted el viejo Adán para llegar a ser nuevo en María"[16]. San Luis María tiene conciencia de estar replanteando una doctrina antiquísima basada en la Biblia y ofrece la lista de fuentes por él utilizadas[17]. Entre ellas sobresalen Henri-Marie Boudon (1624-1702) y Bérulle (1575-1629).

"Teólogo con clase"

"Teólogo con clase": así ha definido el Papa a San Luis María, refiriéndose a su doctrina cristológico-mariana. Es el juicio de un conocedor. Con todo, dicho lo anterior, es preciso agregar que no se trata de una doctrina completa. El santo no pretendió escribir un manual de mariología general. Siendo consecuente con su vocación de misionero, quiso contribuir a sus finalidades apostólicas iluminando el punto central de la fe, la Encarnación del Señor, y la función que en la misma cumplió María. Éste es el motivo por el cual su doctrina mariana debe ubicarse dentro de su espiritualidad mariana[18]. Es el mismo motivo que explica, en sus páginas, la debilidad de su teología de la gracia y el mérito, de su concepción del misterio pascual, de su eclesiología. Se dice debilidad para destacar que su pensamiento, si bien aborda, al menos implícitamente, el misterio de Cristo y la Iglesia, desconoce, por ser hijo de su época, la apertura y el mayor ahondamiento propios de los siglos siguientes. En todo caso, siendo "teólogo con clase", se revela a quien, conociendo los límites históricos y biográficos, comprueba que en sus escritos "la totalidad del misterio de Cristo y la Iglesia es percibida y contemplada por Montfort. Y esto ocurre a partir de un punto de enfoque omnicomprensivo que se llama María"[19].

Queremos llamar la atención sobre este punto central señalando la novedad y actualidad del mismo: la relativa novedad respecto a la

catequesis del siglo XVIII y la sorprendente actualidad para la Iglesia de hoy, que ha redescubierto el valor del carácter sacramental. La contemplación y el estudio de San Luis María han ubicado a la Madre Dios en el centro de la economía de la salvación, poniéndola en íntima correlación con la consagración bautismal, y han dado a la esclavitud por él enseñada carácter de ciencia y praxis de los hijos de Dios[20]. El santo dice claramente que Cristo, Sabiduría eterna y encarnada, es en su persona la consagración al Padre, pero subraya permanentemente que esta consagración de la Encarnación tuvo lugar en María por gracia de Dios y consentimiento de ella. Nos resulta por tanto imposible separar la consagración del universo, que es la Sabiduría eterna y encarnada, de la mujer cuya fe y cuyo consenso son aspectos intrínsecos de la Encarnación de la Sabiduría eterna.

El *fiat* salvador de María asegura la consagración de este mundo en cuanto la fe de María ha hecho posible la Encarnación de esa Sabiduría que es personalmente la consagración del mundo a Dios. Por este motivo, la consagración a Cristo no puede no ser también mariana. No existen dos consagraciones, una a Cristo y otra a María. La consagración es una sola, a la Sabiduría eterna en su realidad, es decir, al fruto del seno de María llena de fe[21]. Consagrarse a Cristo excluyendo a María sería una insensatez de la imaginación. En María, dado su consentimiento representativo, se realiza la consagración en Cristo. Toda la obra de San Luis María enseña que estamos llamados a entrar con el amor en este misterio.

Se comprende así por qué perfecta renovación de las promesas bautismales y perfecta consagración son sinónimos. Siendo el bautismo la consagración fundamental en Cristo, el acto voluntario de una perfecta consagración a Él, suscitado por el amor, no puede no ser una renovación de la vida del bautismo[22]. Se comprende también de qué modo la espiritualidad mariana del santo, enteramente dirigida en mayor medida a Cristo, fin último, que a María, medio y fin próximo, es una espiritualidad cristológica. La Madre de Dios es la colaboradora cristocéntrica del Espíritu, con el fin de que el cristiano pueda vivir su

dinamismo bautismal hacia Cristo en comunión cada vez más íntima, creciente y perseverante con Él. La imagen montfortiana de la esclavitud expresa esta primacía axiológica de Cristo y la dependencia que tiene el cristiano de Él[23]. De acuerdo con la concepción de San Luis María, la Madre de Dios es funcional en la historia de la salvación llevada a cabo por el Hijo y en el plano de Dios, conjunto de relaciones debidamente expresadas con la imagen del molde. "María es enteramente relativa a Dios, y yo muy bien la llamaría la relación de Dios, que existe en relación con Dios, o el eco de Dios, que no dice ni repite sino a Dios. Si usted dice María, él dice Dios"[24]. El cristiano, que practica la *vraie dévotion*, se comportará con ella "como un paje, un servidor y un esclavo", pero no para considerarla "el fin último de sus servicios, que es únicamente Jesucristo, sino su fin próximo y su misterioso *milieu*, y su medio fácil para ir a Él"[25].

La imagen del molde puede guiar la meditación eclesiológica. María es la Madre que genera perfectamente los hombres en la vida de la gracia mediante la impronta dejada en ella por el Hijo de Dios. Ser dócil con ella es la mejor manera de vivir las promesas bautismales y alcanzar la transformación en Cristo. La Iglesia no se manifiesta por azar aquí, en el corazón del cristocentrismo mariano: "Dios Padre transmitió a María su fecundidad en tanto en cuanto era capaz de recibirla una criatura, para darle el poder de producir su Hijo y todos los miembros de su Cuerpo místico"[26]. Como se ha observado, en San Luis María "el misionero popular y el autor espiritual se encuentran nuevamente en la identificación entre bautismo y consagración a Jesús por medio de María. Ahora bien, el carácter radicalmente eclesiástico del sacramento del bautismo es conocido: recibiendo y viviendo este sacramento, el creyente participa en la única salvación de Cristo Redentor, Salvador del mundo y Señor de la historia, y llega a ser miembro de Su Cuerpo, que es la Iglesia, comunidad de salvación y pueblo en camino hacia el encuentro definitivo con Dios"[27].

Disipar una injusticia

Le bastarán al lector estos escasos indicios sobre la doctrina de este "teólogo con clase" para comprender que San Luis María sigue siendo objeto, entre muchos, de un malentendido al borde de la calumnia. Son muchos todavía quienes, por pereza intelectual, continúan repitiendo en su contra la acusación de haber exagerado la importancia de la Madre de Dios en la vida espiritual, en perjuicio por eso mismo, con las piadosas prácticas marianas, de la primacía y el culto de Cristo. En verdad, él vivió personalmente una experiencia profunda de todo el misterio cristiano, llegando a ser un sabio y equilibrado expositor en sus escritos.

Él es uno de esos maestros que hasta hoy nos recuerdan a todos que "la verdadera devoción no consiste ni en un estéril y pasajero sentimiento ni en una vana credulidad, sino en un producto de la verdadera fe, que nos lleva a reconocer la excelencia de la Madre de Dios y nos impulsa a un amor filial por nuestra Madre y a la imitación de sus virtudes"[28]. Él es sobre todo el maestro que todavía nos recuerda, en la fe de toda la Iglesia, que "si es verdad que "únicamente en el misterio del Verbo encarnado encuentra verdadera luz el misterio del hombre" (...), es preciso aplicar dicho principio de modo muy particular a esa excepcional "hija de la estirpe humana", a esa "mujer" extraordinaria que se convirtió en Madre de Cristo"[29], porque "mediante el misterio del Hijo se ilumina también el misterio de la Madre"[30]. San Luis María sigue siendo hoy día el director y educador de todos aquellos que han tenido la gracia de desear la íntima comunión con Cristo y buscarla y realizarla con el ejemplo y la ayuda de aquel que un antiguo autor llamó *totius Trinitatis nobile triclinium*[31].

---

[1] JUAN PABLO II, Carta encíclica *Redemptoris Mater* (25 de marzo de 1987), n. 48 c.

[2] ID., *Don y misterio*. En el 50º aniversario de mi sacerdocio, Ciudad

del Vaticano, Libr. Ed. Vaticana, 1996, 37 s. Cfr también A. FROSSARD, *N'ayez pas peur! Dialogue avec Jean-Paul II*, París, Laffont, 1982, 184 s.

[3] B. PAPASOGLI, *Montfort, un uomo per l'ultima Chiesa* (Montfort, un hombre para la última Iglesia), Turín, Gribaudi, 1979, 90.

[4] SAN IGNACIO DE LOYOLA, *Ejercicios espirituales*, nn. 94 y 114.

[5] JUAN PABLO II, Carta encíclica *Redemptoris Mater*, cit., n. 45 c.

[6] Cfr B. CORTINOVIS, *Dimensione ecclesiale della spiritualità di san Luigi Maria Grignion de Montfort* (Dimensión eclesial de la espiritualidad de San Luis María Grignion de Montfort), Roma, Ed. Monfortane, 1998, 216 s.

[7] SAINT LOUIS-MARIE GRIGNION DE MONTFORT, *Traité de la vraie dévotion à la Sainte Vierge*, n. 245, en ID., *Oeuvres complètes*, París, Seuil, 1966, 651. En adelante citaremos el *Traité* con la sigla VD seguida por la sigla OC de las *Oeuvres*.

[8] VD, nn. 93 y 64 (OC, 547; 535 s).

[9] Cfr P. GAFFNEY, “Consécration”; M. GENDROT, “Docteur de l'Église”; R. DEVILLE, “École française de spiritualité”; TH. KOEHLER, “Esclavage d'amour”; S. DE FIORES - A. BOSSARD, “Louis-Marie de Montfort”; P. GAFFNEY, “Marie”; J.-C. LAURENCEAU, “Rosaire”; J.-P. PRÉVOST, “Sagesse”; A. BOSSARD, “Le secret de Marie; S. DE FLORES, “Spiritualité montfortaine”; A. BOSSARD, “Traité de la vraie dévotion”, en *Dictionnaire de spiritualité montfortaine*, Ottawa, Novalis, 1994, 282-315; 407-420; 428-447; 483-493; 795-833; 848 s; 1.133-1.151; 1.163-1.184; 1.208-1.219; 1.228-1.251; 1.252-1.275.

[10] VD, n. 1 (OC, 487).

[11] VD, nn. 61 s (OC, 523 s).

[12] SAN IGNACIO DE LOYOLA, *Ejercicios espirituales*. n. 104.

[13] VD, nn. 72 s (OC, 533).

[14] VD, nn. 74 s (OC, 534 s).

[15] VD, n. 120 (OC, 562 s.). Para las prácticas exteriores e interiores de la devoción, cfr P. GAFFNEY, "Consécration", cit. 306-310.

[16] VD, nn. 219-221 (OC, 636 s). En el texto se cita un sermón pseudoagustiniano (*Sermo 208 in festo Assumptionis Beatae Mariae* (PL 39, 2.131)) hoy atribuido a Ambrosio Auperto, abate de San Vincenzo al Volturno (PL 89, 1.275-1.278). La imagen del molde que recibe únicamente lo líquido viene de Santo Tomás (*S. Th.*, I-II, 38, 5, ad ob.).

[17] Cfr vd, nn. 159-163 (OC, 588-94); A. BOSSARD, "Traité de la vraie dévotion", cit., 1.255-1.257; B. CORTINOVIS, *Dimensione ecclesiale della spiritualità di san Luigi Maria Grignion di Montfort*, cit. 55-72.

[18] Cfr. P. GAFFNEY, "Marie", cit. 877 s.

[19] B. CORTINOVIS, *Dimensione ecclesiale della spiritualità di san Luigi Maria Grignion de Montfort*, cit., 217; L. COGNET, *Storia della spiritualità moderna* (Historia de la espiritualidad moderna), Catania, Ed. Paoline, 1958, 158.

[20] Cfr B. PAPASOGLI, *Montfort, un uomo per l'ultima Chiesa*, cit. 287 s; 323-327; P. GAFFNEY, "Consécration", cit., 292-294; B. CORTINOVIS, *Dimensione ecclesiale della spiritualità di san Luigi Maria Grignion de Montfort*, cit., 173-187.

[21] Cfr VD, n. 125 (OC, 566).

[22] Cfr VD, nn. 126-31 (OC, 566-69).

[23] Cfr VD, nn. 20, 37, 61, 212 (OC, 497, 507, 523 s, 629).

[24] VD, n. 225 (OC, 639).

[25] VD, n. 265 (OC, 665).

[26] VD, n. 17 (OC, 495)). Cfr también VD, nn. 21, 32, 36, 68, 140, 168 (OC, 497 s, 504, 507, 530 s, 575, 597).

[27] B. CORTINOVIS, “Église”, en *Dictionnaire de spiritualité montfortaine*, cit., 465.

[28] *Lumen gentium*, n. 67.

[29] JUAN PABLO II, Carta encíclica *Redemptoris Mater*, cit., n. 4. En el texto se cita *Gaudium et spes*, n. 22 a.

[30] Ibid., n. 19 b.

[31] SAN ILDEFONSO DE TOLEDO, *Libellus de corona Virginis* (PL 96, 302). En todo caso, no hay certeza sobre la autenticidad de la obra.